

Georg Simmel en Estrasburgo (1914-1918).

Tres entrevistas con un testigo:

Charles Hauter (1888-1981)*

Georg Simmel in Strasbourg (1914-1918).
Three interviews with a witness:
Charles Hauter (1888-1981)

Heribert J. Becher**

Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt
Traducido por: Jorge Enrique González

En el año 2008 se celebra un doble aniversario: los ciento cincuenta años de nacimiento de Georg Simmel, nacido en Berlín el 1 de marzo de 1858, y el centenario de la aparición de su principal obra, *Soziologie*. Este año es también, en el sentido de las cifras cerradas, el nonagésimo aniversario de su muerte en Estrasburgo, lo que constituye una oportunidad de regresar sobre los últimos años que este autor pasó en esa ciudad.

Simmel llegó a Estrasburgo a la salida de una situación difícil. Fue, durante mucho tiempo, *Privatdozent*, un título universitario que se le atribuye a un docente titular de la prueba de competencia, pero que no recibe remuneración. Fue apreciado por sus estudiantes y por numerosas personalidades berlinesas, pero no fue reconocido por la jerarquía universitaria. En 1901 pasa a ser *Ausserordentlicher Professor*, un título puramente honorífico. Sólo hasta 1914 obtiene por fin una cátedra de Filosofía en la Universidad Imperial de Estrasburgo, pero la declaración de la guerra le priva de hecho la posibilidad de enseñar. Se instala en Estrasburgo en momentos en que la mayor parte de los edificios universitarios fueron requeridos para servir como hospitales u oficinas del ejército. Simmel muere en Estrasburgo el 28 de septiembre de 1918, poco antes del fin de la guerra y fue enterrado en el cementerio de Cronenburgo.

Los años de Simmel en Estrasburgo estuvieron marcados por el espectro de la muerte, que en su caso tuvo una doble presencia: de una parte, su estancia coincidió con los años de una guerra que fue especialmente mortífera y marcó a más de un pensador de la época; de otra parte, desde 1915, parece ser, registró la enfermedad que acabaría con su vida antes de que el país reencuentre la paz.

* Becher, H. (2008). *Georg Simmel à Strasbourg (1914-1918). Trois entretiens avec un témoin: Charles Hauter (1888-1981).* *Revue des sciences sociales*, 40, 42-49. Traducido con autorización del autor.

** bert.becher@t-online.de

Simmel no publicó continuamente en el ámbito de la sociología. En efecto, después de la aparición de su *Soziologie* en 1908 y hasta el fin de sus días, él no escribió ningún otro texto sociológico importante. Por el contrario, redacta los *Hauptprobleme der Philosophie* en 1910 y algunos trabajos sobre Goethe y Rembrandt. Los *Grundfragen der Soziologie* (1917) son, ante todo, la reunión de trabajos para sus estudiantes. No obstante, cuando la guerra inició, se interesó por sus causas y sus consecuencias, pronunció opiniones que iban contra las tendencias predominantes al reflexionar sobre las transformaciones internas de Alemania, el concepto de Europa y a la “crisis de la cultura”, de la cual tratará su última obra (1918). Sus reflexiones sobre los temas de la actualidad no constituyen un cambio en relación con su recorrido como filósofo. Existe coherencia de sus trabajos anteriores respecto de su paso por Estrasburgo, que significó la oportunidad de regresar sobre problemas filosóficos que planteó sobre la vida y la muerte.

Entre 1978 y 1979 tuve la oportunidad de entrevistarme en tres oportunidades con Charles Hauter, quien fue alumno y asistente de Simmel durante su estancia en Estrasburgo. Estas entrevistas con un contemporáneo vivo de Simmel, en ese momento de noventa años de edad, son un recurso importante de información acerca del contexto de este periodo de la vida de Simmel, que aclaran las orientaciones de su pensamiento y sus últimos años de vida.

Charles Hauter nació en 1888 y murió en 1981, dos años después de nuestra última entrevista. En la época en que lo encontré era Decano honorario de la Facultad de Teología Protestante de la Universidad de Estrasburgo. Algunos trabajos han sido ya dedicados a las relaciones entre la vida, el pensamiento y la producción intelectual de Georg Simmel (Coser, 1958, 1965; Gaugler en Gasser & Landmann, 1958; Becher, 1971), que me permiten concentrar mis interrogantes particularmente sobre este periodo y sobre las posiciones de Simmel durante la Primera Guerra Mundial, así como acerca de la concepción de su propia muerte. Arribé a estos temas por los sabios consejos de Julien Freund y de Lucien Braun, quien era en ese momento Decano de la Facultad de Filosofía de la misma universidad, llegando a la conclusión de que el antiguo asistente de Simmel constituía una fuente totalmente idónea sobre los temas de mi interés. Ciertamente, Charles Hauter fue un teólogo y mis preguntas sobre la vida y la muerte de Simmel y de su pensamiento sobre estos temas encuentran un eco en sus propias reflexiones metafísicas. Cuando nos entrevistamos en tres oportunidades, las conversaciones duraron varias horas, y trataron sobre Simmel como ser humano, su concepción de la muerte y sus relaciones con la metafísica. Previamente, envié las preguntas por escrito y Charles Hauter las respondió en forma oral. Las entrevistas se desarrollaron básicamente en alemán y no fueron objeto de grabación de audio. Las transcripciones se hicieron por medio de mis anotaciones, que en algunos casos fueron hechas en taquigrafía y permitieron que yo citara a mi interlocutor lo más fiel posible respecto de sus declaraciones.

Estas entrevistas fueron objeto de un artículo que apareció poco tiempo después en alemán (Becher, 1984). En esta oportunidad abandonaré el orden cronológico de la transcripción, que fue el orden utilizado en ese trabajo, para reagrupar en esta oportunidad lo esencial en torno de los principales temas.

En Estrasburgo... a falta de algo mejor

En el transcurso de nuestra primera entrevista, Charles Hauter evocó la vida de Simmel en Estrasburgo. Me recordó que sobre este tema él se había referido con más detalle en el libro de homenaje que le fue consagrado a Simmel en 1958 con motivo del centenario de su nacimiento (Gassen & Landmann, 1958). Simmel se instaló en un apartamento en el número 17 de la calle del Observatorio, que en esa época se denominaba *Sternwartzstrasse*. Esta agradable calle, cuyas ventanas están sobre el jardín del observatorio, era habitada por numerosos docentes de las universidades alemanas.

Estrasburgo no significó para Simmel sus mejores momentos, habida cuenta de la imposibilidad de enseñar en las aulas universitarias. En 1915, él se presenta sin éxito a la Universidad de Heidelberg, donde se encontraba su amigo Ernest Troeltsch. Las memorias de Simmel, así como sus cartas, siempre evocan que él se sentía bien en Heidelberg y que siempre quiso regresar allí. Le pregunté a Charles Hauter cómo vivió Simmel su estancia en Estrasburgo, si de alguna manera estuvo allí resignado, más que otra cosa, como a menudo se ha afirmado. Le pregunté también si Simmel no había considerado instalarse definitivamente en Estrasburgo y terminar allí su vida. Hauter me respondió que Simmel siempre prefirió Heidelberg y lamentaba el fracaso de su candidatura a la universidad de esa ciudad. Él habría aceptado instalarse en Estrasburgo, en gran parte porque le era posible acceder fácilmente a Heidelberg, tomando el último tren de la noche le era posible ir y volver en el mismo día.

Le pregunté a Hauter sobre las relaciones de Simmel con Ernest Troeltsch. Él me confirmó que fueron muy buenos amigos. Simmel decía, bromeando acerca de Troeltsch, que sabía mucho sobre filosofía para ser un historiador. La verdad era que Simmel, quien según Hauter no conocía nada de historia, se sentía inferior a Troeltsch. Ellos se vieron por última vez en la estación de trenes de Estrasburgo, que en esa época tenía el estatus de una fortaleza y se requería de autorizaciones especiales para entrar a la ciudad, por lo tanto, sólo era posible encontrarse en la estación, de alguna forma, entre la salida y la llegada de dos trenes.

Simmel y las mujeres

Georg Simmel se casó en 1890 con Gertrud Kimel, quien se hizo conocer como filósofa bajo el seudónimo de Marie Luise Enckendorff. De este matrimonio tuvo un hijo, Hans Eugen, nacido en 1891. Diez años más tarde tuvo una relación con una de sus alumnas, escritora y poeta, Gertrud Kantorowicz, de quien tuvo una hija, Ángela, nacida en 1904. En

una particular interpretación de la ética conyugal, Simmel decidió nunca encontrarse con esta niña. La mujer de Simmel conoció de su existencia tres años después, según Hauter, de la boca de Margarete Susman. La lectura del artículo de esta última (Susman, 1958) sugiere que la esposa de Simmel estuvo celosa de Gertrud Kantorowicz, hipótesis que Hauter confirma. Bajo la dirección de Simmel, Gertrud Kantorowicz tradujo al alemán *L'evolution créatrice* de Bergson. Las dos mujeres publicaron posteriormente, cada una por su lado, una cierta cantidad de trabajos de Simmel. Varios estudiantes de Simmel, entre ellos Margarete Susman, fueron sus amigos y participaban en las veladas que él organizaba.

Los puntos de vista de Simmel sobre las relaciones entre los sexos y sus propias relaciones con las mujeres ameritan un estudio, que aún no se ha hecho, para intentar poner en diálogo estos temas. Debe subrayarse que las reflexiones de Simmel sobre los celos y sobre la envidia fueron vinculadas al capítulo sobre el conflicto en su libro *Soziologie*. Acerca de las relaciones de Simmel con las mujeres, Hauter me sugiere estudiar la conferencia que Simmel pronunció en 1916: “Goethe y las mujeres”, en el anfiteatro de la Universidad de Berlín, frente al círculo de amigos del poeta Stefan George (conocido bajo el nombre de *Georgekreis*). Sin duda, Simmel se basó en su texto “Los amores de Goethe” (Simmel, 1916) y, evocando este episodio, Ernst Morwitz recuerda el comentario que Simmel hizo sobre éste: “Muchos militares que estaban presentes se retiraron de la conferencia prematuramente porque habían asistido para conocer detalles picantes, no una elaboración filosófica”.

De una cierta manera, las mujeres acompañaron a Simmel hasta el final de sus días. En una carta del 4 de julio de 1918, cuando le quedaban un poco más de dos meses de vida, Simmel le escribió a Marianne Weber que la gente se le había vuelto “extraña y lejana”, mencionando, en todo caso, “una maravillosa excepción” (Gassen & Landmann, 1958). Le pregunté a Charles Hauter de quién se podía tratar y me confirmó que sin duda que se trataba de Gertrude Kantorowicz.

A continuación, Hauter se refiere a los funerales de Simmel. Según él, Simmel habría deseado que sólo su esposa legítima estuviese presente. “Ese era su deber”, precisa él, pero el día de las exequias, Hauter vio desde su ventana a Gertrude Kantorowicz al lado de la esposa de Simmel en la carroza en la que ambas fueron a la ceremonia.

El mito del suicidio de Simmel

La muerte de Simmel ha sido objeto de varios debates, e incluso hay quienes han planteado la idea de que él se habría suicidado. Julien Freund me informó de una conferencia ofrecida por Charles Hauter en la que él controvirtió esta hipótesis. En efecto, Hauter confirmó ese argumento durante nuestras entrevistas, pero no pudo entregarme el texto de esa conferencia, que cree haber transmitido a Michael Landemann, quien a su turno escribió sobre este tema en el libro de homenajes a Simmel de 1958. Los orígenes de esta hipótesis de suicidio giraron en torno a una

discusión, por la época de la redacción de ese libro, sobre la decisión de Simmel de donar su cuerpo a la investigación científica. Según Hauter, Salomon¹ habría retirado de su texto un pasaje que inicialmente había redactado sobre ese tema, en el que decía que ese tipo de decisiones es frecuente en los suicidas. Landmann mantiene también una posición ambigua al respecto en la presentación de ese libro. No obstante, la autopsia habría establecido claramente que la muerte se debió a un tumor en el hígado.² Simmel parece haber presentido su muerte antes de 1918, si tomamos en cuenta dos cartas que él dirige; una a Rainer María Rilke el 24 de febrero de 1915, y la otra a Heirich Rickert el 13 de diciembre de 1915, que se encuentran reproducidas en el libro de homenaje de 1958. La señora Rickert en su contribución a ese libro, precisa que varios miembros de la familia de Simmel habrían sido afectados por esta misma enfermedad, que entonces parece ser hereditaria.

Hauter, por su parte, precisó que él no se opone a la idea según la cual Simmel se habría provocado la muerte voluntariamente, pero subraya que esta hipótesis no es coherente con sus convicciones. Los suicidas no corresponden nada a su estilo de vida y al respeto que tenían por ella: “según Simmel, un suicidio no cambia nada. Aquí percibimos la influencia de Schopenhauer. Nadie tiene el derecho de jugar con su propia vida”.

Si uno relaciona este asunto de la concepción vitalista que Simmel tuvo de la guerra a partir de esta época, no es incoherente, estima Hauter, considerar el suicidio como uno de los “logros posibles” de la vida. Se encuentra esta idea en los testimonios de algunos allegados de Simmel.³ La interpretación de estos recuerdos indica al menos que Simmel aceptaba su muerte con resignación.⁴

La influencia de la Guerra sobre la teoría del conflicto

El concepto de acción recíproca (*Wechselwirkung*) es central en la teoría de Simmel sobre lo social. Esta teoría subraya la importancia de los terceros en la relación entre individuos. El ingreso de Alemania a la guerra y la fuerza de esta confrontación, no obstante, conducen a Simmel al inicio de este periodo en momentos en que reside en una ciudad que representa la importancia de lo fronterizo, a poner el acento sobre la función positiva del conflicto. Lo que a algunos les parece un cambio radical de posición fue subrayado por los testimonios y las reacciones de

1. Hauter sin duda hace referencia a Albert Salomon y no a Gottfried Salomon (de Latour), pues sólo el primero escribió sobre la muerte de Simmel (Gassen & Landmann, 1958).
2. La autopsia fue practicada el 28 de septiembre de 1918 por el profesor Dr. Mönc kerberg en el hospital civil de Estrasburgo, servicio del profesor Dr. Meyer (proceso verbal n.º 1171251).
3. Cf. Landmann (1976), así como las contribuciones de Rudolph Pannwitz, Nicholas Spykman y Marianne Weber en Gassen & Landmann (1958).
4. Cf. También Landmann (1958) y H. Simmel (1976).

la época. En *Buch des Dankes...* y en otros trabajos, Landmann recuerda que durante una conferencia de Simmel, Ernest Bloch le habría reprochado al teórico del *tertium datur* haber abandonado sus ideas iniciales para finalmente “encontrar la verdad en las trincheras”. Simmel le habría pedido a Bloch retirarse de la sala. Le pregunté a Charles Hauter si tenía más información sobre este episodio:

Simmel [me respondió] veía la guerra como un resultado de la vida. Incluso la muerte no era para él un enemigo sino que hacía parte de la vida en la medida en que ella fuese conscientemente aceptada. El reproche que se le hizo provenía, tal vez, de alguien que había conocido las trincheras y que no estaba listo, en todo caso, para comprender una posición de ese estilo.

Hauter me confirmó que Simmel consideraba la guerra como una de las manifestaciones de la vida. Las reacciones a esta idea han mostrado que a una buena parte de su público le chocaba esa postura. Pero, según Hauter, Simmel habría defendido esta posición sobre todo en la época en que él aún residía en Berlín, es decir, antes de llegar a Estrasburgo y antes del inicio de la guerra. En Estrasburgo, incluso, él se habría referido poco al respecto. En consecuencia, es necesario relativizar la idea de que Simmel habría puesto preferencialmente el acento sobre los aspectos positivos del conflicto al llegar a Estrasburgo y con el inicio de la confrontación de 1914-1918.

Mucha gente no ha comprendido la interpretación positiva de Simmel respecto de la Primera Guerra Mundial a pesar de que hizo muchos esfuerzos para explicar su posición, como lo testimonian sus cartas a Husserl del 15 de diciembre de 1914, a Heinrich Rickert del 16 de enero y del 12 de julio de 1915, a Marianne Weber del 14 de agosto de 1914 y del 4 de julio de 1918 (reproducidas en Gassen & Landmann, 1958). Ahí se puede ver claramente la orientación que Simmel otorga a su filosofía vitalista, según la cual “Alemania [...] debe luchar hasta las últimas consecuencias por su existencia”, y que en la lucha misma reside el *furor teutonicus* (Simmel, 1976). No obstante, Simmel habría moderado luego sus opiniones sobre la guerra, considerando desde el inicio de los enfrentamientos militares que el conflicto entre europeos constituía un hecho dramático en sí mismo. La guerra no fue, entonces, considerada a la manera de una hipóstasis como el resultado de la vida, sino que, por el contrario, Simmel subraya las consecuencias trágicas para la historia y para la cultura (1976a, p. 10).⁵

5. Véase las cartas de Simmel a Rickert del 13 y del 26 de diciembre de 1915 y del 26 de diciembre de 1916, las memorias de Karl Joel sobre Simmel y el testimonio de Nicholas Spykman; todos esos textos se encuentran en Gassen & Landmann (1958, pp. 114-117, p.168 y pp. 185-188, respectivamente).

Simmel y la religión al final de sus días

Durante la segunda entrevista con Hauter, tratamos en sentido estricto el punto de vista de Simmel sobre temas como el subconsciente, la metafísica y la religión. Le pregunté acerca de las relaciones eventuales de Simmel con Sigmund Freud: ¿Se encontró con él? y si fue así ¿qué pensó Simmel al respecto? Hauter respondió que, en efecto, Simmel se encontró con Freud pero que ese encuentro no produjo resultados. Desde su punto de vista, la enseñanza de Simmel también integraba una inmersión en el subconsciente de donde él hace emerger lo consciente: “fue una de sus grandes virtudes”. Sus alumnos heredaron una parte de esa virtud pero no a nivel del maestro. Simmel tuvo un sentido profundo de los misterios que nos rodean.⁶

Simmel fue bautizado en la religión protestante. Su padre fue católico y su madre protestante, aunque la familia de ella era judía. Hauter me confirmó que en la época en que él conoció a Simmel tenía una posición distante respecto a las religiones instituidas. No se consideraba judío, pero tampoco cristiano. En todo caso, no soportaba el antisemitismo de sus contemporáneos. De acuerdo con Hauter, la religión de Simmel era una especie de “mística social o sociológica”. Esto se percibe claramente en *Das individuelle Gesetz* (Simmel, 1913). Aún más, según Hauter, Simmel fue un metafísico puro, lo que explica su concepción metafísica de la muerte. Esta concepción fue expuesta por primera vez de manera integral en *Sur metaphysik de Todes* (Simmel, 1910). Richard Corner (1958) subrayó la importancia de este texto que considera como el más destacado de la obra de Simmel. Encontramos una versión más definitiva de esta concepción en el capítulo tres de *Lebensanschauung* que Simmel terminó en 1918, poco antes de su muerte.⁷ En ese momento, Simmel sabía que su fin estaba próximo. Se había instalado en Offenburgo, a pocos kilómetros de Estrasburgo, al otro lado del río Rin, en el hotel *Traube* y constantemente estaba bajo el efecto de sedantes. El profesor Veil lo había examinado poco antes y le había anunciado que le quedaban entre cinco y seis meses de vida.⁸ No obstante, continuó escribiendo. Cuando Hauter le preguntó

-
6. Esta es la opinión de Hauter que, a lo largo esta entrevista y las precedentes, nos dio detalles sobre su propia experiencia respecto de fenómenos parapsicológicos. En todo caso, es necesario recordar que, para Simmel, la dimensión mística no se remite a asuntos exteriores a la vida, sino que es un fenómeno que hace parte integral de ella.
 7. Ver también el detallado análisis y la relación con Hegel que hizo Christian (1978).
 8. Hauter precisa que Simmel habría solicitado el concepto de un segundo médico, el doctor Kahn, quien habría confirmado este pronóstico. No pudimos verificar el apellido de ese médico. Salomón (1958), por el contrario, menciona “al amigo de Simmel, Von Müller de Munich”, a quien Simmel le habría dicho después del examen que “le podían restar dos años de vida pero que podían ser también solamente seis meses”. Landmann (1958) se refiere solamente en su corta biografía a “su médico” para referirse a este episodio.

a la esposa de Simmel durante este periodo acerca de noticias, ella le respondió: “¡no me pregunte cómo está él!” y a continuación, su respuesta es aún más lacónica: “está muriendo”.

Hauter nos describió a un Simmel muy sereno respecto de la muerte. Conservaba en su mesa de noche varias cartas que le habían escrito sus alumnos: “Esta es mi cosecha”, afirmaba.

Le hago notar a Charles Hauter que para Simmel la muerte era algo inmanente a la vida. Algo que establecía una frontera entre dos mundos. Esto se puede entender desde un punto de vista existencialista. Le pregunté si Simmel no se había opuesto a la creencia cristiana según la cual existe una vida después de la muerte. No, me respondió, Simmel era agnóstico. Él no creía en la vida eterna, aunque no excluía esa eventualidad. En rigor, señalaba que al respecto no es posible saber con certeza.

En Estrasburgo, Simmel se apartó más decisivamente del pensamiento cristiano. Esto no representa ninguna ambigüedad para Hauter en el sentido en que Simmel no era un “buen” cristiano. Cuando Hauter le preguntó a Simmel si él tenía entre sus amigos a algunos cristianos, le respondió que no conocía a ninguno. Posteriormente, dijo conocer al general William Bouth, fundador del ejército de salvación. Simmel tenía admiración por este hombre que había dejado todo para cambiar su vida. A otros les reprochaba su dimensión excesivamente “cristiana”. Simmel simplemente prefería que no se hablara de esos temas. Hauter precisó que Simmel se mantuvo en ruptura con la Iglesia, pero que no incitó a su esposa a hacer lo mismo. Fue ella misma quien tomó distancia a partir de 1914 porque no soportó más escuchar los sermones sobre la guerra. Ella comenzó por evitar los oficios religiosos. No obstante, como era de usanza en esa época, el pastor luterano acostumbraba hacer visitas a los parroquianos que no frecuentaban el culto. Éste la visitó y le insistía de manera vehemente, haciéndole caer en cuenta que, por ejemplo, “la profesora Unetelle, la baronesa Unetelle y otras damas importantes habían mantenido la fe a pesar de la guerra”. Ese tipo de comentarios, de hecho, la llevaron a decidir su rompimiento con la Iglesia, según Hauter.

Simmel no tenía nada contra las religiones, sino más bien contra las personas que se decían religiosas; consideraba que esto era muy pretencioso de su parte. Según su punto de vista, la actitud de estas personas no tenía nada de metafísico. Se les podría comparar al comportamiento de las aves que no saben ni sembrar ni cosechar pero que esperan que Dios les dé granos para comer.

Inmanencia contra trascendencia

La posición de Simmel era que, por definición, no se puede probar la existencia de Dios y que no se puede saber nada acerca de él. Rechazaba la doctrina de la revelación y no creía en los signos de Dios. En consecuencia, su concepción de la religión era estrictamente humanizada. Dios formaba parte del orden de la especulación entre los humanos. En la óptica vitalista de Simmel, las creencias tienen un fundamento inmanente del

cual no se puede deducir ninguna trascendencia: forman parte de la vida y de lo social. De acuerdo con Hauter, ciertamente Simmel habría podido discutir estos problemas con alguien como Carl Gustav Jung. Para Simmel, los antiguos dioses del panteón germánico no estaban muertos, simplemente se manifestaban ahora bajo otras formas; para retomar este ejemplo, la guerra representada por el dios Odín se manifiesta en nosotros como fuerza psíquica, como voluntad de poder. Hauter propone una exégesis de Simmel:

Una parte de la concepción del hombre en Simmel se relaciona con el primer libro del génesis, donde está descrito “Dios los crea a cada uno según su especie”. Esta fórmula concierne a las plantas y a los animales. A continuación procedía una pausa y luego no se registra cuando se trata de la creación del hombre. En su lugar, está escrito: “Dios los crea a su imagen y semejanza”. Es de esta manera que se introduce la trascendencia. Sin esta introducción de la trascendencia los seres humanos serían semejantes a las plantas o a los animales.

Hauter expresa de esta forma su propia convicción de que todo hombre y la humanidad entera poseen algo de la universalidad de Dios. Yo sigo esta relación entre la concepción simmeliana del hombre y el Génesis para preguntarle si considera que Simmel practicaba aún la sociología cuando estuvo en Estrasburgo; debo aclarar que entiendo por practicar la sociología algo más de fondo que las dos otras conferencias que Simmel ofreció entre 1915 y 1918. Aún los *Grundfragen der Soziologie* (1917) tan sólo son un texto para estudiantes. Hauter me confirma que Simmel no ha retorna do a sus investigaciones sociológicas: “en Estrasburgo, él fue un metafísico”. Me sugiere volver a la *lebensanschauung* que termina en 1918. Los participantes en el seminario de Simmel que tenía lugar en su domicilio habrían podido confirmar que estos trabajos se dedicaron a la metafísica. Le pregunté si esta orientación de los trabajos de Simmel no lo condujo a afirmar su concepción de la vida entendida como un *continuum*, como una corriente que continúa más allá de la muerte. De esta manera se podría relacionar su posición vitalista con su actitud serena frente a su propia muerte anunciada: una actitud resignada, en todo caso sin remordimientos. Sus últimos trabajos estarían inspirados por esta idea de que la muerte no es el fin, es solamente el punto extremo de la vida. Hauter me responde que, en efecto, Simmel consideraba que la muerte era algo que atravesaba toda la vida. Cita el artículo *Sur metaphysik des Todes* (1910)⁹, en el que Simmel expresa su punto de vista sobre la muerte, según el cual ésta no se reduce simplemente a ser el fin de la vida, sino que es una parte de la definición de ésta: “Todo lo que vive es mortal”. Una persona muere algún día, mientras que una estatua griega no muere jamás. Uno encuentra aquí la concepción de Schopenhauer, según

9. Véase también lo que Hauter escribió en Gassen & Landmann (1958).

la cual morir es comparable a cerrar los ojos, que se cierran sin que la vida se interrumpa. La muerte no era, pues, para Simmel el apogeo de la vida, sino un retorno al estado anterior a la vida. En vía de comparación, Hauter se refiere a la muerte de Sócrates. En su concepto, este último habla y escribe su muerte para luchar contra sus temores, en tanto que para Simmel la muerte es esperada como algo totalmente normal.

Dado que Simmel no logró un nombramiento como profesor en Heidelberg, se resignó de alguna forma a vivir en Estrasburgo, donde profundizó sus concepciones metafísicas. Pero se puede señalar que esta reorientación de sus trabajos no está ligada en sí misma a Estrasburgo, sino a la historia de su vida y que esta reorientación se habría producido sin importar el lugar. Era propio de la naturaleza de Simmel, me dijo Hauter, preocuparse por vivir su vida plenamente. Luego de que logró resolver por sí mismo el problema metafísico de las relaciones entre la vida y la muerte estuvo listo para el fin de su existencia: “En la relación con Simmel se descubría lo que constituye la fuerza primaria (*Urkraft*) del filósofo. Esta fuerza lo dominaba, la buscaba por un lado y por otro, en diferentes campos. Fue finalmente en Estrasburgo que él realizó sus últimos trabajos, pero esto habría podido ocurrir en cualquier lugar”.

Sobre los archivos y manuscritos de Simmel

La última entrevista con Charles Hauter concluye en torno a informaciones concernientes a todo aquello que Simmel pudo dejar después de su muerte, especialmente sus textos inéditos. Hauter explica que los descendientes de Simmel emigraron a Estados Unidos y que algunos textos se encuentran allá, pero que lo esencial se mantuvo en Alemania y fue confiscado por la Gestapo y que una buena parte de estos fue destruida. Le pido que me confirme si sería inoficioso buscar textos diferentes a los conocidos y, en efecto, lo confirmó. Hauter tenía sobre su escritorio un manuscrito de Simmel acerca del concepto de verdad. A solicitud de la señora Simmel, él se lo envió a Bernhart Groethuisen, un alumno de Simmel de su época de Berlín, con el propósito de hacerlo publicar. Le pregunté si recordaba el contenido del manuscrito, al menos su síntesis de manera tal que se pudiera publicar lo esencial. Me responde que se trataba de un manuscrito que databa de muchos años. Era muy “relativista”, Simmel lo consideraba como inacabado, pero debía hacer la síntesis de sus *Moral wissenschaften*, de los cuales propuso una traducción en 1892 (Simmel, 1892).

Fuera de ese texto, Simmel no dejó nada antes de su muerte. Su padre al morir en 1874 dejó una fortuna importante que les permitió a sus hijos vivir con independencia financiera. Pero, según Hauter, al momento de su muerte sólo le quedaron al autor de la *Soziologie* más que doscientos marcos. Su viuda vivió de su propia pensión durante los difíciles años que siguieron. Ella habría podido vivir gracias a la ayuda de sus amigos, pero ella no habría podido aceptar sus ofrecimientos y, en consecuencia, sus amigos evitaron proponérselo para no ofenderla.

Georg Simmel no dejó algún recuerdo tangible diferente a su tumba en el cementerio de Cronenburgo en la ciudad de Estrasburgo. Como lo afirmó Hauter, siguiendo en esto la filosofía de Simmel “una tumba es sólo un monumento. Ésta no tiene nada que ver con la muerte”.¹⁰

En síntesis

El objeto de las líneas precedentes era limitado. Siempre es interesante situar a un autor no sólo a través de su producción, sino también en su historia de vida, a través de los recuerdos que él ha dejado en aquellos que lo han conocido. Estas tres entrevistas con Charles Hauter proporcionan informaciones heterogéneas que hemos intentado concentrar sobre la personalidad de Simmel, su vida en Estrasburgo, su muerte y sus relaciones con la metafísica. Hacen parte de las fuentes que permiten comprender la filosofía de la vida, tema sobre el cual Simmel se ha interesado particularmente en sus últimos años, relacionándolos con la guerra que se desarrollaba cerca de él y de su actitud respecto a su propia muerte anunciada.

Por supuesto, no se puede desconocer que estos recuerdos son reconstruidos después de sesenta años por un testigo de noventa años de edad que los evoca en el marco de sus propios pensamientos, los de un viejo pastor protestante, teólogo que, por ejemplo, es evidente cuando se refiere a las exequias de Simmel, pues confunde lo que es moralmente conveniente, lo que él piensa que habría sido coherente con el pensamiento de Simmel y lo que Simmel mismo habría deseado explícitamente (a saber, que sólo su esposa asistiera a sus exequias), para finalmente constatar que los dos amores de Simmel tuvieron sin lugar a dudas una opinión diferente respecto de su última voluntad.

No obstante, estas entrevistas permiten establecer un perfil de Simmel como hombre e inscribir su pensamiento en la vivencia de sus últimos años. Simmel concedió una importancia central a la construcción de la sociedad a partir de la interacción entre individuos, lo que le hizo considerar que la sociedad estaba conformada por el individuo. Por tanto, la sociedad existe en Simmel y está condicionada por las relaciones interindividuales. Precisamente en Estrasburgo la sociedad atrapó a Simmel, por decirlo de esa manera. Las contingencias se le impusieron en la forma de una guerra que invadió el espacio del debate sociológico y filosófico. Simmel tuvo que tomar posiciones teóricas que tuvieron un anclaje que no fue solamente extraído de los ejemplos históricos, sino que fue algo contemporáneo y concreto. Su humanidad también lo atrapó, recordándole sus límites, los de la enfermedad y la muerte, que le significaron el fin de su vida y, por lo tanto, el fin de su pensamiento. En ese momento, de manera coherente con lo que escribió sobre su concepción de la vida,

10. Sobre la interpretación de la lápida, confróntese la contribución de Karl Berger, en Gassen y Landmann (1958), el artículo de Claudia Portoli en el número reciente de la *Revue des sciences sociales* (2006).

consideró como algo obvio que la muerte le retirara sus vínculos sociales; él estuvo, en el sentido estricto, *todesfähig*, es decir, dispuesto a morir.

Referencias

- Becher, H. (1971). *Georg Simmel; die Grundlagen seiner Soziologie*. Stuttgart: F. Enke.
- Becher, H. (1980). Zum Verständnis der Soziologie Max Webers. *Die Deutsche Universitäts-Zeitung*, 14, 430-433.
- Becher, H. (1984). Georg Simmel in Strassburg. *Sociologia Internationalis*, vol. XXII, 1, 3-17.
- Christian, P. (1978). *Einheit und Zwiespalt : zum hegelianisierenden Denken in der Philosophie und Soziologie Georg Simmels*. Berlin: Duncker & Humblot.
- Coser, L. (1958). Georg Simmel's style of work: a contribution to the Sociology of the sociologist. *American Journal of Sociology*, vol. LXIII, 6, 635-640.
- Coser, L. (1965). *Georg Simmel*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Gassen, K. & Landmann, M. (1958). *Buch des Dankes an Georg Simmel; Briefe, Erinnerungen, Bibliographie*. Berlin: Duncker und Humbolt.
- Landmann, M. (1976a). Georg Simmel: Konturen seines Denkens. En H. Böhringer & K. Gründer (Eds.), *Ästhetik und Soziologie um die Jahrhundertwende: Georg Simmel*. Frankfurt: Vittorio Klosterman.
- Landmann, M. (1976b). Ernst Blöch über Simmel. En H. Böhringer & K. Gründer (Eds.), *Ästhetik und Soziologie um die Jahrhundertwende: Georg Simmel*. Frankfurt: Vittorio Klostermann.
- Levine, D. (1981). Sociology's quest for the classics: The case of Simmel. En B. Rhea (Ed.), *The future of the sociological classics*. Londres: George Allen & Unwin.
- Nedelmann, B. (1980). Strukturprinzipien der Sociologischen Denkwise Georg Simmels. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 32, 3, 559-573.
- Portioli, C. (2006). La tombe de Simmel dans l'obscurité: ruine ou occasion de mémoire? *Revue des sciences sociales*, 35, 150-153.
- Simmel, G. (1892). *Einleitung in die moralwissenschaft*. Stuttgart: Cotta's Nachfolger.
- Simmel, G. (1908). *Soziologie. Untersuchungen über die formen der vergesellschaftung*. Leipzig: Duncker & Humblot.
- Simmel, G. (1910). Zur metaphysik des todes. *Logos. Internationale Zeitschrift für Philosophie der Kultur*, 1, 57-70.
- Simmel, G. (1912). Goethe und die Frauen. *St. Petersburger Monatsblatt*, 463.
- Simmel, G. (1913). Das individuelle Gesetz. Ein Versuch über das Prinzip der Ethik. *Logos. Internationale Zeitschrift für Philosophie der Kultur*, 4, 117-160.
- Simmel, G. (1916). Goethes liebe. *Die neue generation*, 12, 101-103.
- Simmel, G. (1917). *Grundfragen der Soziologie (Individuum und Gesellschaft)*. Berlin, Leipzig: G. J. Göschen.

- Simmel, G. (1918). *Lebensanschauung. vier metaphysische kapitel.* München: Duncker & Humblot.
- Simmel, G. (1922). *Schülpadagogik. Vorlesungen, Gehalten an der Universität Strassburg.* Osterwieck, Harz: A. W. Zickfeldt.
- Simmel, G. (1923). *Fragmente und Aufsätze.* München: Drei Masken Verlag.
- Simmel, G. (1926). *Der Konflikt der modernen Kultur; ein Vortrag.* München: Duncker & Humblot.
- Simmel, G. (1927). *Hauptprobleme der philosophie.* Leipzig: G.J. Göschens.
- Simmel, G. (1976). Auszüge aus den Lebenserinnerungen. En En H. Böhringer & K. Gründer (Eds.), *Ästhetik und Soziologie um die Jahrhundertwende: Georg Simmel.* Frankfurt: Vittorio Klostermann.
- Susman, M. (1958). Zum 100. Geburstag von Georg Simmel. *Neue Zürcher Zeitung*, 65, 7.
- Wahlen, H. (1981). (Tesis). Soziologie als Sozio-Logik. Zur Konzeptualisierung von Erkenntnissoziologie in "klassischen" Soziologieentwürfen: M. Weber, G. Simmel, E. Durkeim. Aachen.